

verdades del —más o menos— realismo crítico. Cierta es que algunos editores, para compensar lo que entonces se llamó la berza, pusieron a airear textos exquisitos, "venecianos" y afines. Pero los que no eran ni venecianos ni berzosos, ahí se quedaron, por raros: ¿a quién se le ocurría hablar como hablaban de lo que les pasaba?

Ahora se publican unos relatos de Víctor Zalbidea (1). El título, "Relatos de la Universidad", no es de lo más afortunado, puesto que resulta sólo orientativo cronológicamente, ya que la temática en sí no toca la Universidad de aquellos años. Zalbidea perteneció al grupo Los Esteros (Stoetter, Zambrano, los Navarrete, Lostalé, Valero, Salazar...), que publicaron por vez primera textos de Arrabal y Trakl y unas estupendas cartas de Goya, y cuya tertulia y revista animaba no poco el ambiente madrileño de la época. Tenía entonces Zalbidea poco más de veinte años, y era autor de unos cuentos inquietantes de los que este libro da cumplida idea, sólo menoscabada por la inclusión de alguno que otro nada necesario en comparación con la magnífica muestra general. Si el cuento era entonces la cenicienta, sigue siéndolo entre nosotros. Zalbidea, con el correr de los años, parece haberse desorientado un tanto, y a través de la editora Tropos ha sacado una serie de títulos pornográficos que nada aportan.

No se sabe si continúa escribiendo cuentos. Ojalá, y ojalá sean como aquéllos (éstos). Sin claros puntos de referencia en el pasado literario español, el mundo que nos transmite puede, como no, hermanarse en más de un sentido con la herencia de Kafka y, sobre todo —recuerdo en una tertulia de Los Esteros cómo le brillaban los ojos admirados a Zalbidea cuando hablaba de él—, de Witold Gombrowicz. Situaciones tétricas, sin sentido, de poder y sumisión, de violentísimos ademanes y palabras medidas, que también recordarían a Sade si no fuese por la ironía que Zalbidea espolvorea siempre. Las apariciones, muecas, servilismos y crueldades de estos personajes apenas descritos y, sin embargo, reconocibles en nuestras entretelas re-

Las cuatro estaciones

Más de la mitad de los españoles adultos no compra libros: el 58 por 100. Tal fue la terrible conclusión de una encuesta que hizo Metra-Seis por encargo de Editorial Argos Vergara. ¿Por qué no se lee? Dicen que porque los libros son caros (como el whisky, la gasolina, la vida y la muerte). Será más bien, o más mal, por la ola-de-analfabetismo-que-nos-inva-de desde hace tantos años. El caso es que Argos, al conocer las cifras, primero se asustó y después decidió atacar. Y surgió el plan de "Las cuatro estaciones": un libro bueno y barato para cada una. La editorial publica la obra a casi mitad de precio, la lanza publicitariamente... y a esperar que vaya bien. Porque una venta importante es la base de esta campaña (tiradas de cincuenta a cien mil ejemplares para abaratar costes y ganancias reducidas por ejemplar). A los tres meses, el libro vuelve a su precio normal y aparece el siguiente.

Pronto saldrá el "Invierno 79: Extramuros", novela de Jesús Fernández Santos. En primavera, "El factor humano", la última obra de Graham Greene. Y, más adelante, acaso Moravia ("Una vida interior") o Mailer, con un libro sobre el caso Guilmore (ver TRIUNFO número 731: "Una sociedad frente a sus contradicciones", por Daniel Sueiro).

Cicerón situaba la felicidad en tener un jardín y un libro. A ver quién arregla lo primero ■ V. M. R.

pletas de fantasmas, trascienden los enfoques estilo Kubin o Trakl, se impregnan de una chabacanería y sal gorda que sólo pueden ser de donde son: del Madrid de nuestros pecados.

Hace meses fue aplaudidísimo un libro de cuentos de Leopoldo Panero. Similares defectos de sintaxis e incluso ortografía se dan en este de Zalbidea. De aquél, por la personalidad del autor, nada malo se dijo. De éste, posible es que nada se diga, por desconocimiento. La sutil diferencia entre ambos (odiosas las comparaciones, pero es que cuentos de gente joven no salen, y Gonzalo Suárez ya es talludito, aunque tampoco se le haya hecho todo el caso que merece) estriba en que los relatos de Zalbidea, aun los más teñidos de alambiquismo, tienen dentro un fuego, un terror y un sarcasmo que hacen de él todo un cuentista, con mundo y obsesiones propias, y un estilo irrepetible. ■ MIGUEL BAYON.

DISCOS

Beserkley, contra los gigantes

Es un axioma de la evolución de la música popular: cuando

luego serán explotadas por las multinacionales. Los más creativos de estos enclaves rebeldes terminan siendo absorbidos por la industria y rara vez logran sustraerse a la burocratización y a las tentaciones de la rutina. Pero mientras les dura el primer impulso, vuelan con extraordinaria brillantez.

Por ejemplo, aquí tenemos diversas grabaciones del sello Beserkley, que Hispavox distribuye en España desde hace unos pocos meses. Fundado en California en 1975, Beserkley ha sido el modelo para Stiff, Chiswick, Sire, Bomp y otras marcas que con su decidido apoyo al "punk-rock", el nuevo "pop" y demás herejías, han lavado la cara al "rock" de la segunda mitad de los setenta. Concentrándose en media docena de artistas —casi todos ellos desechados previamente por Warner Brothers, A and M u otras empresas poderosas—, Matthew "King" Kaufman ha demostrado la viabilidad de una política de lanzamientos que se basa en la comprensión de las virtudes básicas del "rock", en la certeza de que existe un amplísimo círculo de adictos y en la confianza de que los artistas evolucionan satisfactoriamente sin ningún tipo de presiones para hacerlos "más vendibles". Los resultados de esta actitud de cultor del "verdadero rock" han sido invariablemente halagüeños, como lo demuestran los cuatro LPs. hasta ahora editados aquí por Hispavox.

"Rock 'n' Roll With The Modern Lovers" tal vez no sea el lugar más idóneo para familiarizarse con el excéntrico talento de Jonathan Richman. En sus intentos de recobrar la inocen-

Jonathan Richman y sus Modern Lovers.



(1) "Relatos de la Universidad". Sección Editora. Madrid, 1978.

Cultura a la contra:

Los raros

Hace un año, cuando se votaron senadores y diputados, hubo un insospechado candidato al Senado: el filósofo Liberto. Este hombre ya mayor, de pelo cano, buscaba por las calles de Madrid las firmas necesarias para presentar su candidatura de forma oficial; al tiempo, vendía o regalaba libritos con su doctrina, que contenían aforismos como este: "La libertad es la logística del ser". El filósofo Liberto pertenece por derecho a la antigua y grande estirpe de los raros. También es de ella Ocaña, el pintor, travesti y estrella del cine catalán, y también algunos ultraecologistas que recorren, para ir a sus ocupaciones cotidianas, kilómetros madrileños en bicicleta y cubiertos con máscara antigás.

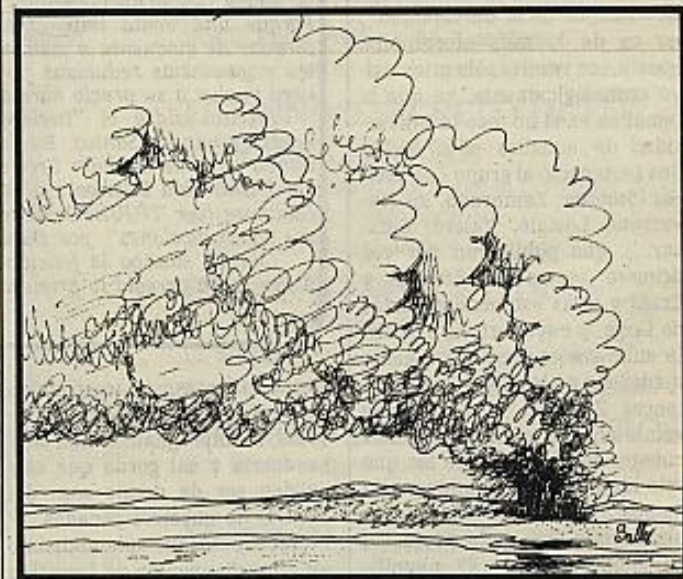
Nada hay de nuevo en esto: desde Diógenes "El Perro", habitante de un tonel que se permitía las mayores libertades en un tiempo que era, al menos, tan poco libre como el nuestro, siempre ha habido raros. Cambian con el tiempo y las costumbres: dudosos sofistas en la Grecia clásica; "filósofos" prohibidos por Nerón en la Roma imperial —esa Roma que tuvo a uno de ellos, Claudio, ahora actor de televisión, por César— a causa de su rareza; goliardos, clérigos poetas en el Medievo; pícaros y estudiantes en el Siglo de Oro; bohemios románticos más tarde. Y hace poco, la invasión de los rarísimos anglosajones: "beatniks", "hippies", "freaks" multicolores..., sin olvidarse de los existencialistas de los años cincuenta. Ahora, los raros no tienen nombre; ni siquiera son "punks", que es un fenómeno demasiado cercano a la moda de consumo como para poder presentar cartas de rareza.

El raro es un personaje muy vinculado a la literatura y al mundo de las artes en general: de él y en él vive. Para mantener su tren de vida —según definición que le escuché a un amigo, raro a sus horas, "el raro (el decía bohemio) es aquel que trata de vivir como un aristócrata con los medios del proletariado"— tiene que cultivar las difíciles artes del cuento y la trampa. Contando cuentos, como los poetas. Buscan la copa de chinchón en el cinc de un bar, entradas para un concierto de "rock" o buena compañía del sexo que prefieran. A cambio de todo ello, ofrecen como pago su rareza, o sus rarezas: conversación ante todo. Y un cierto pintoresquismo en costumbres y vestuario. Los raros no son tolerados, sino amados por quienes les mantienen: son como la proyección ideal del no-raro, que se esfuerza en imitarlos; desde sus harapos, implantan modas con más autoridad que Beau Brummell y alegran con chistes e historietas las aburridas tardes —noches ya no hay en Madrid— del "pub". A veces son víctimas escogidas para la burla general de la reunión. No les importa: el raro ejerce su función artística, a medio camino entre la del chamán y la del bufón; son una mezcla de magos poderosos y de tontos de lugar.

En muchas ocasiones, el raro es también creador: Valle-Inclán, Modigliani, Emilio Carrère o Adamov: extravagantes ciudadanos, según definición del dictador Primo, que han contribuido a enriquecer eso que con fatua cursilería llamamos nuestro acervo cultural, y que no es más que un compendio de rarezas, envío de raros a raros. Es conveniente, pues, ver a través de la máscara de su extravagancia: puede que el raro de hoy sea el genio de mañana, que guarde en su roto bolsillo poemas que un día serán —para su póstuma vergüenza, porque el raro no ha querido ser nunca personaje oficial— estudiados en las escuelas. ■ EDUARDO HARO IBARS.

cia de la primera música "pop", Richman ha optado por grabar un disco deliberadamente primitivo —tanto por su instrumentación primariamente acústica como por la producción— y enojosamente infantil en su temática. Es una aproximación a la música que cualquier grupo de colegiales de hace quince años hacía en la habitación de cualquiera de ellos; una vez que se

Las contorsiones de Jonathan Richman, la fragilidad de Greg Kihn, el músculo de Earthquake, el candor de los Rubinoos: Beserkley es el refugio de los románticos del "rock", una rara especie tanto más necesaria por el creciente cinismo y corrupción prevalentes en la omnipotente industria del entretenimiento. ■ DIEGO A. MANRIQUE.



aceptan estas premisas —y el oído puede resistirse ante sonidos tan poco profesionales—, el disco puede ser disfrutado dentro de sus limitaciones.

"Greg Kihn Again" es un disco decididamente convencional en comparación con el de Jonathan Richman and The Modern Lovers. Con su pequeña banda, Kihn hace un "pop-rock" suave y melodioso, reforzado por sus frescas interpretaciones de temas de Buddy Holly o Bruce Springsteen. La palabra aquí es "delicioso".

"Leveled" es el título del LP de Earthquake, los artistas más veteranos de Beserkley. De sonido más duro, más adulto que el de sus compañeros de sello, Earthquake se sitúan como perpetuadores de una cierta forma del "pop" británico que feneció a finales de los sesenta. Les salva su falta de pretensiones.

Con "The Rubinoos" volvemos nuevamente a la tierra de la adolescencia. No es el retorno al pasado de Jonathan Richman; los Rubinoos evitan toda flojería, ya que su música de "teen-agers" les sale de forma natural... y es irresistible.

ARTE

A la hermosa exposición de José Hernández, ya la comentaré. Iba a escribir "la bella exposición" de Hernández y de pronto sentí como un escalofrío. ¿Bella? Pepe Hernández no es eso lo que busca. La dejaré en "hermosa" y ya trataré de explicarme. Ahora, para ir más tranquilo a ello, comentaré otras dos o tres exposiciones que no me plantean ese tipo de problemas. Por ejemplo, Molina Ciges, del que hablaré ahora, cita un pasaje de Leonard Cohen en el que dice que, al decirle adiós a cierta mujer, le vio por detrás el trasero y, en verdad, eso le conmovió. Lo comprendo, porque hay ciertas cosas verdaderamente inquietantes. Aquí cerca de mi nueva casa —abajo, en "El Vaticanillo", donde está mi casa, en la calle San Pedro, número 1— están exponiendo dos jóvenes pintores, en el estudio-taller de Soto Mesa. Son muy jóvenes, de poco más de veinte años y me-